



# Apertura del Curso Académico 2024-2025

DISCURSO DEL RECTOR MAGNÍFICO

EXCMO. PROF. D. SANTIAGO GARCÍA-JALÓN

Vuelve septiembre y vuelve con él a la Universidad el tiempo de la esperanza y los sueños. Los últimos días, esta casa severa y antigua, que ha resistido el desalmado tesón que agosto ha puesto en calcinar su fábrica admirable, ha tornado a encontrar el frescor de una juvenil greguería, vestigio de tanta ilusión y avidez, de tantos temores y ensueños. Y lo que durante meses ha sido una fatigada remembranza se convierte en lozanía, en un presentimiento de cómo habrá de ser el porvenir.

Muchos de quienes aquí nos encontramos hemos ofrecido nuestra vida a la enseñanza. Somos por ello testigos privilegiados de ese inspirado vuelo de numerosos corazones juveniles. Es de ley prestarnos a acompañar los anhelos aún adolescentes, a ampliar los horizontes todavía exiguos señalando el camino que conduce hacia la magnanimidad, a contribuir a la superación del egotismo y mostrar un mundo que es ancho y fascinante. Lo contrario, inhibirse de esta tarea, sería envilecer la nuestra y reducir a la condición de menestral el quehacer del magisterio.

Nuestra labor se inscribe en el cultivo de la *humanitas* ciceroniana, de la *paideia* que en su día glosara Jaegger. Ambas comparten la atención a la virtud, la necesidad de transmitir la convicción de que la competición más apremiante es la que libramos con nosotros mismos en pos de una vida más limpia, más serena, más esforzada y generosa. Una vida que rehúya la mezquindad y la cohorte de viejas y desdentadas pasiones que siempre merodean en torno a nosotros.



Todos hemos tenido maestros. De algunos apreciábamos la finura de su talento o la extensión de sus saberes, que parecía inabarcable. De otros, su bondad, su gallarda apostura ante la vida, que sabía conjugar la cordialidad con una amable ironía, que hacía de su risa un nardo de sal y de inteligencia. Todos hemos tenido maestros y en algún momento quisimos ser como ellos. Eso formó parte del pan que nos alimentaba allá en los años mozos. Ojalá que llegados a la madurez o cuando ya pisamos el umbral de la ancianidad no desistamos de reproducir en nuestra vida lo que de ellos nos sedujo o el recóndito ideal que, siendo propio, proyectábamos en ellos.

Todos hemos tenido maestros. La incapacidad para reconocerlos y aceptarlos es un mal de nuestro tiempo. Hay en la sensibilidad hodierna una franca resistencia a admitir cualquier guía y esta actitud, hostil con todo diálogo, es disolvente de la cultura, que se hace amasando lo recibido y sazonándolo con luces nuevas. Tomar como única medida lo que el propio ingenio dicta, erigirse en medida de todas las cosas, equivale a hacer un mundo del propio tamaño, un mundo menor, salobre y sin sentido. Y, al contrario: para dejar de ser ave de corral y alzar el vuelo hasta alcanzar una atmósfera clara, de aire propicio a los sueños, es preciso dejarse guiar.

Por eso importa tanto proponer el más alto magisterio. La identidad católica de la Universidad no es un apéndice que se le agrega accidentalmente ni una mera alusión al origen histórico de la misma. Es el agua pura y caudal llamada a anegar toda nuestra actividad para hacerla feraz y ofrecer un modo distinto de concebir y llevar a cabo la tarea universitaria.



La fe no nos dice cómo resolver las cuestiones científicas, pero influye en la actitud con que se afronta cualquier disciplina, porque todas ellas versan sobre manifestaciones del poder creador de Dios. Cuanto hay de racional en el mundo procede de la mente divina.

Cuanto se lleva dicho es, a su modo, aplicable a quienes de distintas maneras colaboran en la administración y la gestión de la Universidad. Calladamente, ellos conforman la maquinaria que guarda la memoria de la institución, el artificio que hace funcionar la empresa entera y constituye su primera representación. De esta suerte, están llamados a contribuir en el empeño de la formación, expresando en la manera de cumplir sus cometidos el sentido que tiene la institución universitaria, la forma apropiada en que profesores y estudiantes se relacionan con ella. No son meros auxiliares de quienes desempeñan un oficio mayor, sino elementos decisivos en la consecución de una meta común.

Vuelve septiembre y vuelve con él a la Universidad el tiempo de la esperanza y los sueños. Quiera Dios dispensarnos su gracia para cumplir con decoro la misión egregia a la que nos ha convocado.

Muchas gracias.